

Dos discursos

DISCURSO DE RECEPCION A DON MAXIMILIANO SALAS MARCHAN EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y CIENCIAS DE LA EDUCACION DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

AMANDA LABARCA H.



A Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación ha llamado al número de sus miembros académicos al preclaro maestro don Maximiliano Salas Marchán y le acoge en la intimidad de sus desvelos, porque sabe que se enriquece con el talento de su colaboración y porque puede ofrecerle un ambiente propicio a la consideración de sus proyectos y al intercambio cordial de las discusiones ideológicas.

Sé que ofendo el buen gusto y la modestia del señor Salas Marchán recordando los méritos de sus días fecundos; deber es, sin embargo, de quien hace de dueño de casa, al recibir al honroso huésped, darlo a conocer a los circunstantes.

Nace don Maximiliano en el pueblo de Vallenar, al iniciarse la década del 70 del siglo pasado, en esa provincia de Atacama en donde, entre riscos y breñales escarabajean los apires y deambulan los cateadores infatigables.

Si los flancos serranos son pedregosos y cálidos, en los valles umbrean los huertos, adquiere dulzor y aroma la pulpa sa-

brosa de las chirimoyas, y los claveles revientan de fragancia y de color tras las tapias de los jardines. No es hijo de la montaña ni tampoco de la tierra baja. Suavidad de ladera soleada hay en su cuna, como lo habrá más tarde en la obra de su intelecto.

Nace en el hogar de un maestro superior, don Manuel Salas, cuyo realce, nada común, le lleva desde el banco del normalista hasta la autoridad de Visitador y al prestigio de uno de los pedagogos ejemplares de su época. Durante muchos años su retrato acompañó a los directores del servicio en la sala de las audiencias.

Ignoro los detalles de esa vida, pero colijo por el vástago las excelencias del padre; que no pudo haber abrazado con tal devoción la carrera paterna si no le hubiese enseñado con su ejemplo a servirla con amor entrañable. Aprendió, pues, al lado de ese profesor la humilde grandeza del oficio. Nunca soñó el joven en otra cosa que en continuar la senda de sus mayores, y después de cursar las Humanidades en el Liceo de San Felipe, se dirigió a Santiago a ingresar al novel Instituto Pedagógico.

Eran años de germinación aquéllos. Rubén Darío acababa de publicar modestamente y bajo los auspicios de otro poeta menos afortunado que él, las páginas de «Azul», preñadas de revoluciones líricas. El romanticismo tanteaba nuevos modos de expresión; la bohemia oscilaba entre una Margarita Gautier y una torre de marfil. América sentía en su garganta el ímpetu del canto, pero aún no se daba cuenta de cuán alto resonaría el suyo en el habla castellana.

Santiago vivía los meses oscuros y trágicos que precedieron a la revolución del 91. Crujía la arquitectura constitucional que tan reciamente enclavara 70 años antes la voluntad implacable de Portales. La conciencia cívica popular nacía tan débil, tan indefensa, tan diminuta como una criatura. Poquísimos eran los que se daban cuenta de que tras de los rótulos

de dictatoriales y constitucionalistas, lo que estaba en juego era el derrumbamiento de un régimen patriarcal. No se atribuía importancia a la aparición de un nuevo grupo llamado partido demócrata, ni a que advenedizos de la clase media comenzaran a abrirse camino en la educación y en la burocracia. Era el inicio de una nueva era. Se escuchaban lamentos que tanto podrían ser vagidos de natividad como ayes de moribundo. Se desazonaba y encendía de inquietudes esa juventud que actuaba, a la vez, de enterradora y de madrina.

Lo pedagógico florecía. Jóvenes iconoclastas, don Valentín Letelier, don Claudio Matte, y aquel sembrador solícito a quien las generaciones modernas no han justipreciado tanto como merece, don José A. Núñez, se habían encandilado con el resplandor victorioso del maestro teutón, de aquél de quien se decía que era el vencedor en los campos de Sedán. Para que reformaran nuestro caduco normalismo habían traído a los profesores alemanes, primero, a las escuelas normales y, después, a fundar el Instituto Pedagógico. El maestro se sentía entonces sacerdote de una flamante disciplina: la pedagogía que, con Herbart y Wundt, intentaba transformarse de arte empírico en ciencia positiva. Años de neofismo en que, ampulosamente, se llamaba a la escuela el templo del progreso y en que los preceptores unían a una ingenua pedantería un si es no es ilusorio y libresco evangelio de redención universal.

En ese clima vino a respirar el joven provinciano. Era un estudiante moreno y canijo que abría muy en redondo los ojos a la admiración, de cuanto le rodeaba. En el Pedagógico era uno de los pocos que bebía con unción reverente de acólito, la palabra de esos «herr professors» orgullosos de su sapiencia europea y que no sabían aún cómo entender y componérselas con esa parvada de mozalbetes criollos irreverentes, truhanes, indisciplinados y juerguistas que hacían quites a los reglamentos, estudiaban sólo al terminar el año y parecían no tomar en

serio ni las palabras de los textos ni las responsabilidades de su futura carrera.

Sin embargo, bajo esa gárrula caparazón germinaban la carrera política de un Gómez García, la obra administrativa de un Luis Torres Pinto, la de un prócer como Enrique Oyarzún, la de catedráticos como Julio Montebruno, Darío Cavada, Alejandro Venegas y José Pinochet, el pensamiento fecundo y la labor tesonera de quien ha sido el creador y mantenedor de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina, el vuelo lírico de un Bórquez Solar y la tarea de sembrador en corazones de don Maximiliano Salas Marchán.

Escurriéndose tras una invencible modestia, el joven estudia y se desvela preguntándose cómo podrá continuar con dignidad la vocación honrada por su padre. Dándose cuenta de lo que significa ser conductor de almas más de una vez, sin duda, debió decirse: «¡Señor, Señor, yo no soy digno!», que tal es el grito de la conciencia recta cuando se enfrenta ante la responsabilidad del magisterio.

Hay algo además que secretamente le cohibe. Una antinomia entre el intelectualismo de que está penetrada la época y la emotividad suya, que es a la vez su emotividad y su fuerza, y que él en vano trata de embridar. Intuye que prima en su personalidad la emoción sobre el raciocinio. Dice como Platón: «Yo nada sé fuera de una exigua disciplina de amor». Mas, al final del siglo XIX ello se estima en menos. El libro «Les données immédiates de la conscience», no ha llevado aún el nombre de Bergson por los ámbitos del mundo. Se desconoce el papel del ímpetu vital y el dinamismo de los sentimientos. Impera todavía la diosa razón.

Con esa congoja que le hace dudar de sí mismo sale—flamante profesor—a servir al Liceo de Chillán. No tarda mucho en regresar con igual puesto a aquel colegio que albergó su infancia, al Liceo de San Felipe. Se distingue ya entre sus colegas por su afán de estudiar más y más, como si se considerara

siempre un aprendiz, un estudiante, una luciérnaga diminuta empeñada en alumbrar la inmensa obscuridad de lo que ignoramos.

Por esos días toma por esposa a Glafira Tobar. ¡Qué influencia más enaltecedora que la de la persona amante, cuando mira al cónyuge con los ojos encendidos de pasión y de esperanza! El, por naturaleza aminoraba su propio valer. Pero el amor descubre las virtudes escondidas; habla de ellas como si las estuviera mirando; sobre ellos cifra planes de ambiciosa ternura. Y él entonces se dice calladamente: ¿Por qué no? ¿Por qué no salir confiado al encuentro del destino si ahora dispongo de dobladas fuerzas?

Fruto primero de sus aficiones son los tres volúmenes de su «Gramática Castellana» (1900) y sus «Trozos escogidos de autores españoles» (1901), ambos encaminados a servir de textos a los alumnos de los colegios secundarios. Aparece ya ahí el innovador. Sus páginas revelan algo más que la comprensión de la pedagogía herbatiana; la escuela del siglo XX con sus métodos activos y de proyectos, despunta en ellos. Antes de que las teorías de Claparède, Kershenteiner y de Decroly trazaron surcos en las aulas americanas este maestro las había presentido y realizado en las indicaciones metodológicas de su gramática.

Los años que siguen desarrollan otro aspecto de su personalidad. Dirige ahora un liceo en Los Andes. Se le ha llamado para fundarle, casi para crearle de la nada. ¿Qué hará? Porque todo maestro se halla en esos casos ante un dilema acongojante: o se somete a la apatía del medio poblano hundiéndose con él en la modorra de las horas rutinarias o trata de transformarlo creando un ambiente distinto. Lo segundo es la lucha contra la inercia, es el combate en que son los más leales los golpes que se reciben a la luz del día, que los otros insidiosos y agazapados ¡ay! que no tiene manera de devolverlos quien no quiere rebajarse.

Probablemente sobreponiéndose a su natural timidez, extrayendo fuerzas de lo profundidad de su ideal, confía en obtener la colaboración de vecinos y autoridades para que ese liceo sea de verdad un centro irradiante de cultura, para que en sus aulas se acune un nuevo modo de vida más dulcemente sazonado por el arte, más ampliado por la ciencia, más dichoso por una feliz convivencia de niños y adultos.

Es el primero en sorprenderse de su éxito. Se le ha abierto crédito, se le ha extendido las letras de la confianza comunal y gracias a esa bondad inteligente, a su llamado de cuanto hay de generoso en el versátil corazón humano, como por arte de encantamiento se levantan aulas, gimnasios, auditorios y bibliotecas en el pequeño plantel. Las gentes se miran en su obra y sienten que desde que ese maestro ha llevado allí su tienda, todo el pueblo se ha enaltecido.

Aun no se ha acuñado el término de pedagogía social; aun no se han vertido en lengua castellana los postulados de la Pedagogía de Dewey; pero el maestro escondido en una provincia de Los Andes ha intuído y realizado que para educar a grupos de niños es indispensable crear un ambiente educador, y expandir hasta en el seno de las familias y de la comunidad entera la influencia ennoblecedora.

Por esos años se perfilan claramente las tendencias de su personalidad. Es un estudioso de la filología, un cultivador de la metodología de su ramo, es un mentor penetrado de amor y de bondad por los niños; es un maestro convencido de la necesidad de irradiar lo pedagógico en lo social y de la posibilidad de realizarlo gracias al manantial de bondad que, pese a todos los vicios y pecados capitales, fluye del corazón humano.

En 1910, cuando se efectúan en Santiago cursos de perfeccionamiento para el magisterio de los liceos, las autoridades universitarias ya conocen a ese raro maestro y le llaman para encargarle la cátedra de Metodología de la Enseñanza del Castellano.

No tardan muchos años más en ir de nuevo a buscarle a su Liceo de los Andes; esta vez para ofrecerle la dirección de la Escuela Normal Superior de Santiago.

No abandona sin pena don Maximiliano la obra que ha visto nacer y desarrollarse; en donde faltaba un plantel de educación secundaria había erigido uno de puertas ampliamente abiertas y magníficamente dotado, no sólo para la niñez sino para todo el pueblo; de un ambiente que parecía sordo a la belleza y al interrogatorio de la verdad, había hecho uno alerta y vibrante.

Pasaba la Escuela Normal de Hombres de Santiago por un período de prueba; los vestigios últimos de la influencia de una rígida y jerarquizante disciplina germánica luchaban con las tendencias nuevas de mayor respeto a la libertad del adolescente y de una disciplina más sostenida por la convicción interna que por las imposiciones ajenas.

Volvía, además, a otro Santiago que él conociera de estudiante. En los veinte años de interregno aquella conciencia popular, de la que apenas si se curaba nadie en 1891, ascendía ahora aureolada de apóstoles y hasta de mártires.

Se agitaban las sindicatos obreros, bullían los jóvenes en universidades populares y asociaciones culturales, ayudando con su labor generosa tanto a los caudillos como a los demagogos, tanto a la clase popular desamparada como a la clase media que pugnaba por ser oída en la gestación de los negocios públicos. Toda esa marea se estrellaba contra los acantilados de un sistema de educación que aun no se libertaba del todo de las antiparras extranjeras, que persistía en su hermetismo y en su desconocimiento de la autóctona realidad.

Sin embargo, con el mismo ahinco con que había creado el plantel andino se dedicó a insuflar vida nueva y generosa a la vetusta casa de Sarmiento. La tarea era más difícil y de mayor envergadura; ya no era sólo preparar niños, sino maestros de la república. Lo hizo con cuantos medios tenía a su alcance y

apelando siempre a la bondad y no a la fuerza, a la paz y no a la violencia. Harto difícil pareció más de una vez no claudicar de esos principios, cuando la incomprensión de algún colaborador deshacía con una ironía o con una mueca de desconfianza lo que había tardado años en germinar. Es imposible realizar obra educadora sin armonía inteligente entre los que enseñan. No son las palabras sino los hechos los que labran surco profundo en las conciencias. Y ¡cómo ha de enseñarse la rectitud y la franqueza y la lealtad y la tolerancia, cómo ha de fabricarse un mundo más justo si los maestros mismos damos el ejemplo de deslealtad, de mentira y de incomprensión!

A iniciativa de la Asociación de Educación Nacional, el Gobierno le becó en 1918 para iniciar su primer viaje al extranjero. California, Chicago, Nueva York le vieron huronear presuroso por escuelas, universidades, museos e instituciones, inquiriéndolo todo, ávido de darse cuenta del fenómeno social y pedagógico de esa gran democracia. Más que aprender, tuvo don Maximiliano la satisfacción de constatar que sus concreciones pedagógicas estaban allí consagradas y formaban parte de la ideología de los más reputados educadores. Afirmó aquel viaje sus postulados y regresó mejor dispuesto que nunca a continuar en su puesto de vanguardia.

De esa época datan el libro titulado «Tendencias actuales de la Educación Norteamericana» (1923), un estudio sobre «El método de proyectos» (1924) y los programas de «Castellano», «Higiene» y «Educación Cívica» para las Escuelas Primarias, cuya confección le encargara la Jefatura del servicio y que son, cada uno en su género, de los mejores tratados de metodología que se han escrito en estas décadas.

* * *

En los 14 capítulos de su obra «Las tendencias actuales de la educación norteamericana», el señor Salas Marchán pasa

revista a todos los aspectos sobresalientes de esa pedagogía. Las orientaciones generales, la vida escolar, el espíritu social, el empleo y el análisis de los tests, la medición de la inteligencia, las escuelas normales, sus planes de estudio, etc. Gran parte es exposición y descripción de lo mucho y profundamente que había observado; y con ser novedosamente escrito y analizado con talento, no es la parte más valiosa de su aporte, que ésta lo constituyen aquellas páginas en que no describe si no que explica y afianza su propia actitud ante los problemas educacionales. «Educación social—afirma en la página 85—es en el fondo educación cívica, educación moral, precisamente lo que más nos hace falta ahora. Una educación sin base de práctica ética no responde a las mejores aspiraciones ideales; es no sólo incompleta sino perjudicial, porque no cincela acabada y armoniosamente la personalidad humana. Se ha formulado con insistencia—continúa él—la observación de desequilibrio que envuelve la vida cotidiana en la sombra de inquietudes, rencores y rivalidades y ahuyenta lo que más anhelosamente se persigue: la dicha. El papel de la educación social—prosigue—es poner en alto los valores morales, extraer de cada asignatura su influencia benéfica para el bien de la comunidad, organizar un programa de actividades morales, de ayuda mutua, de sacrificios si es necesario, que se extienda del kindergarten a la universidad, hermosando la vida con los resplandores inextinguibles que refulgen del alma, cuya devoción es el ideal de servicio».

No es extraño, pues, que inspirado en esos postulados que han sido los de su vida entera, consagrara el último capítulo de la obra a expresar lo que, a su juicio, debe ser la posición del profesor. Comentando el hecho de que una maestra, al felicitarle por el progreso de sus alumnos, contestara simplemente: «Yo les ayudo todo lo que puedo», escribe esta exégesis, que es el resumen y síntesis de su evangelio:

«Yo los ayudo», significa: «Yo los amo y procuro comprenderlos» Y aquí está la esencia de la acción educadora—afirma él—y prosigue: «¿Cómo podremos hacer una educación eficiente si no comprendemos la naturaleza de nuestros discípulos? Y ¿cómo podremos comprenderla si no la amamos? Pienso que en el orden moral, sólo entendemos lo que amamos? Necesitamos esta corriente de simpatía del profesor a los alumnos para penetrar en sus intimidades psicológicas, y, animando a cada uno a que rinda el máximo del esfuerzo, no tener la pretensión vana y absurda de que todos lleguen, en igual tiempo, a una misma cumbre; para moderar al que vibra y siente con excesiva intensidad y llamar al indolente y apático a una vida más cálida y expansiva, para recordar que no es el único objeto de su existencia aprender nuestras lecciones y tareas. Debemos mirarlos, por consiguiente, no a través de la idea unilateral de que no son más que alumnos de Castellano, alumnos de Inglés... sino seres de vida amplia como la nuestra, sometidos a todas las influencias externas que nos rodean, y las más veces, por no decir siempre, víctimas de ellas en nuestra retardada civilización.

«Yo los ayudo», significa también un cambio mental en la posición del maestro. El ya no se encarama en su cátedra, mirando compasivamente la ignorancia de su auditorio, al que podría aplastar con el peso de su sabiduría, si se dignase dejarla caer en copioso chaparrón. No, es un amigo, un cooperador, que está en medio de sus niños, trabajando con ellos al mismo tiempo que los guía. El sabe que lo principal en la clase no está en él ni en su ciencia, sino fuera de él, en sus discípulos, en esa materia prima de hombres cabales, pronta a modelarse por sí misma al impulso de ligeros toques exteriores. El profesor pierde su antigua suficiencia, pero adquiere la certidumbre de que, con su modestia, gana en eficacia». He ahí su credo.

* * *

Las conmociones violentas de la ciudadanía, el desorden espiritual y pedagógico de los años llamados de reformas, arrancaron a don Maximiliano de su escuela normal (1927) para llevarlo primero a la Visitación de ellas, después de una efímera Dirección de Enseñanza Pedagógica y en seguida (1928) a una forzada jubilación.

Ni la injusticia de sus émulos ni la pequeñez rastrera de aquellos que creen que se levantan cuando socavan tierra bajo los pies de los grandes, fueron parte para que don Maximiliano abandonara sus estudios ni sus preferencias dilectas. Inmediatamente, inicia la cátedra ambulante que ha instituido en dondequiera que esté. Ha nacido educador, su vocación es imperativa, forma parte de su íntima esencia. Si el Estado le priva de cumplir el ideal que se había propuesto él mismo: alcanzar, como su padre, los 43 años de ejercicio activo en la escuela, él abrirá el libro de su experiencia en dondequiera que pueda ayudar. Y es así cómo da en Santiago, ante gran acopio de profesores las lecciones que intituló: «De instructor a educador» (1929).

El «Centro de profesores amigos» le vió empeñado, en seguida, en tender puentes de amistad en la secuela de odios que dejaran las reformas y los reformadores de un día. Sumieronse en la obscuridad muchos de los que le hirieron, volvieron al anonimato que merecían muchos de los que pretendieron trepar por encima de sus hombros, y tan pronto como el régimen constitucional alboreó de nuevo sobre la república, le hallamos intacto y más grande, dispuesto a servir con bríos renovados a la causa en donde había puesto su fe.

Se le llama a la Dirección General del servicio (1931) apresurando su regreso de los centros de estudios de los países europeos, a donde se había dirigido a auscultar otra vez el co-

razón de las escuelas forasteras, y constatar la relación estrecha entre lo social y lo pedagógico. Cada día se siente más atraído por los problemas sociales y busca una solución de paz en una lucha de clases que considera fratricida. Frutos de esos años son una serie de artículos y estudios sobre «El jardín obrero» (1933), «La educación familiar» (1935), «La educación del carácter» (1935), «Del individualismo al servicio social» (1936), «Empleo del tiempo libre de los escolares» (1936). etc.

Lejos está de agotarse su actividad. Un centenar de instituciones le llaman a sus sesiones, le buscan de director, le ocupan en sus puestos de responsabilidad, y a todos acude con su paciencia, con su cortesía, con su afabilidad, con su bondad de agua clara, con su seráfica actitud, con su afán de pacificación de los espíritus, con su talento y su melífica experiencia.

Inducido por razones de salud a alejarse de Santiago. Viña del Mar y Valparaíso le hallan actualmente entre sus servidores más constantes. De nuevo trabaja, enseña, da conferencias, participa en toda suerte de entidades de mejoramiento público. Hoy es el alma del «Círculo Pro Paz», donde extiende sus ideales desde el campo vernáculo al internacional.

Es un apóstol, un santo laico, un hombre que no escatima la más preciada dádiva de sí mismo para cuanta obra de bien o de progreso se le pida. Las gentes que pasan a su lado sienten que están en presencia de un alma depurada. Veneración respeto y afecto cosecha en su otoño prodigioso.

* " *

No sólo ahora, sino en otras múltiples ocasiones me he detenido a considerar su actitud vital. Es un genuino maestro y un optimista.

No califico de *optimista*, a la hinchada jactancia de quien, abrazado al becerro de oro, imagina en sus cortos alcances que puede comprar en el mercado cuantas dichas ansíe; ni al matón

de tejados abajo que se pavonea en el narcicismo de su propia fuerza, ni a esa euforia—muy envidiable, por cierto—de quien se levanta cantando todas las mañanas, porque en el laboratorio de sus órganos cada cual se ha comportado a maravilla. No. Lo aplico a quien después de avizorar su destino y de haberse asomado a los abismos del por qué, y del cómo, y del para qué, conserva la gracia de la esperanza.

Entre éstos, me parece distinguir dos clases de privilegiados. Es uno, el que tiene la fortuna de poseer una naturaleza beatífica; el otro, aquél que ha superado su angustia, que está más allá de la angustia. El primero vive en perpetuo éxtasis. Todo cuanto le acaece lo estima un don. Por el hecho de comparar su mendrugo con la acidez de las bocas famélicas, porque no le aquejan los dolores, frente a la lepra, al balbuceo quejumbroso de los hospicios o ante el «*lasciati ogni speranza*» de los lazaretos, por el simple y mínimo hecho de estar vivo frente a la agusanada carroña sepulcral, se siente impelido en cada instante a entonar su acción de gracias. «Recibe como un santo sacramento, el perfume y la luz». Así cantan tal vez los serafines.

En el moral—ha escrito don Maximiliano Salas—sólo entendemos lo que amamos».

He aquí su evangelio de maestro, he aquí el secreto de la profundidad de su labor. Entiende, porque ama y porque desea entender el mundo comienza por amarlo. Vive enamorado del sol, de la luz y de los seres todos de la creación. Como tengo—por más que no lo parezco—ratos de escepticismo, he solido preguntarme, ¿pero es que este hombre nunca siente un impulso odioso, nunca se fastidia, nunca echa un terno por esos labios que sólo dejan pasar frases de cortesía y de bondad? ¡Si no lo hiciera no sería humano! Habrá que inquirirlo de los que lo acompañan en su vida íntima: los que le hemos tratado en la cátedra, en el aula, en los viajes y en las butacas en donde se platica la amistad, le hemos visto siempre en actitud será-

fica ante la brizna de hierba, y ante el hermano asno, y ante la hermana hormiga, gozando en el descubrimiento de aquel único lado hermoso que justifica su existencia en el concierto cósmico. Naturaleza excepcional en que hay reminiscencias de un San Francisco de Asís, de un Shelley y de un Pestalozzi, algo de santo, de poeta y de maestro en la más noble acepción de los vocablos.

Es un optimista. No ha mucho me confesaba que varias veces se había sentido tentado a escribir su autobiografía con este título: «Historia de un hombre feliz». Cómo compadecer esa dicha con la desgracia que nos rodea y con los dolores inevitables? Para extraer de la vida catastrófica del mundo una quinta esencia de dicha es necesario ser un místico. Y yo me he preguntado contemplándole en la misión, que él mismo se ha asignado: ¿Es posible conservar la fe en la bondad última del hombre en estos días de miseria, de insensatez, de odios, de traición y de iniquidades, en estos días en que se mata de inanición a millares de inocentes en las calles y en los campos vencidos? Es posible conservar la fe en el progreso, cuando éste se ha puesto al servicio de la vesanía impúdica, de la soberbia demoníaca y de la destrucción del débil y del inocente? ¿Es posible conservar esa fe, cuando a los representantes más esclarecidos del espíritu les vemos ir de país en país buscando un refugio cierto sin poder reposar en ninguno?

No se cree lo que se quiere, sino lo que se puede. No basta desear una fe religiosa, si la gracia no nos alcanza. Pero si no tenemos fe en la existencia de un paraíso de ultratumba, hemos de concebir un mejoramiento último de la humanidad para que nuestras privaciones, sacrificios y dolores adquieran una significación que nos impida naufragar en la desesperación o en el bestial cinismo. Debemos ir más allá de nuestra angustia. Cuando el individuo es de una sensibilidad tal que hace suyo el dolor ajeno y posee la inteligencia para vislumbrar los alcances últimos del mal, se salva de la tragedia de la angustia infi-

nita por medio de una fe religiosa o de una fe humana. Y si no, para qué sufrir, para que disciplinar nuestros lúbricos y rapaces instintos si ello no habrá de servirnos a nosotros ni a nadie? O somos optimistas o perecemos. El optimismo es una defensa vital. No, no es el placer, ni una satisfacción vanidosa y momentánea, ni la prosecución de la efímera aureola de una reputación respetable lo que lleva al hombre a seguir un camino de servicio perenne a un ideal. Es la recóndita fe en que nuestras privaciones no son vanas. Si creyéramos que éste es un mundo loco girando al azar o manejado—como dijo el gran dramaturgo inglés—por un bufón malvado, nos echaríamos a retozar en nuestros apetitos bestiales, daríamos rienda suelta al Caín fratricida, a la incansable avidez de mando y de prepotencia, y concluiría con ello la familia humana. Si no hay finalidad de mejoramiento, si no hay posibilidad de que triunfe, en algún lejano siglo, sobre el haz de la tierra la paz entre los hombres de buena voluntad, si no nos hemos de acercar jamás a una más dichosa convivencia, para qué todo el aparato de nuestra cultura, para qué todo el esfuerzo moral del individuo y de la sociedad?

El optimismo es una defensa vital para no despedazarnos en la angustia o corrompernos en el cinismo, y si ello es verdad en cualquier mortal, lo es muchísimo más en un maestro. No es posible educar, conducir hacia lo mejor, si no confiamos en esperanzas de remisión. Ni la riqueza, ni el placer, ni siquiera la hartura del incienso que queman los palaciegos dan la ansiada felicidad; no nos ponen en paz con lo más profundo de nosotros mismos, ni acallan el llanto de nuestras secretas y acerbas decepciones. La felicidad es la aspiración suprema; si se nos cierran las puertas de un paraíso celeste y tampoco existen las de un mejoramiento futuro y cierto de la humanidad, sería empresa ridícula y diabólicamente cruel la de dar a la juventud el espaldarazo de la inquietud de la perfección social y moral. No concibo el maestro desnudo de fe. O la cultiva en

el mito religioso o en el mito de la perfectibilidad humana. Quien no la posee, puede ser una máquina enseñante o un charlatán vendedor de baratijas de erudición, pero jamás un modelador de espíritus.

Lo que a mi juicio hace de don Maximiliano Salas Marchán el hombre superior que respeto y admiro, es esa alegría grave y santa que fluye de la coincidencia del optimismo y la íntegra vocación de maestro y que traza una línea sin desmayo en su vida. Sin desmayo aparente, porque no creo que nadie —ya lo sabemos, ni siquiera Jesús—deja de sufrir su huerto de los Olivos y de verter lágrimas de sangre y sudores de muerte, cuando la injusticia y la incomprensión nos revuelven en el pecho su puñal y ciegan por un instante el manantial de nuestra fe. Aparta de mí este cáliz—imploramos de rodillas—pero de nuevo, tocados de gracia, con la serenidad de quien conoce su destino, marchamos al monte en que, posiblemente, nos aguarde una cruz. Pero ya sabemos por qué sufrimos y por qué morimos: para dar nacimiento a un mundo mejor. Y, ¡ay de nosotros si no lo creyéramos! Porque no tendría límites nuestra congoja ni consuelo la muerte.

De este modo me explico su místico optimismo, eje sobre el cual gravita la excelencia de su labor educadora.

* * *

Porque ha sido un adelantado en los campos de la ciencia y del arte pedagógicos, porque los ha enriquecido con su talentosa colaboración, porque ha sido maestro de vocación ejemplar y, sobre todo, porque ha acordado los imperativos de su ideal con los actos de una existencia plena de generosidad, la Facultad de Filosofía y de Ciencias de la Educación de la Universidad de Chile, se honra en abrir anchamente su puerta al académico, don Maximiliano Salas Marchán.